

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SECRETARIA DE CAMARA

Han llegado á esta Secretaría las Reales Cédulas para los sugetos agraciados en la última provision de curatos vacantes de resultas del anterior nombramiento.

Lo que se avisa para conocimiento de los interesados, quienes no deberán colacionarse de sus respectivos beneficios, segun espresa determinacion del Ilmo. Prelado, mi Señor, hasta despues de la próxima Semana Santa, supuesto que el término de aquellas no concluye hasta el dia 28 de Abril. Se advierte tambien de orden de S. S. I. que, tanto los párrocos que deben trasladarse, como los ecónomos que han servido hasta ahora las parroquias vacantes, deben dejar hecho el cumplimiento del precepto pascual en los pueblos en que actualmente residen. Astorga 15 de Marzo de 1858.—Lic. Juan José Fernandez, Secretario.

El Domingo próximo 21 del actual

predicará en esta Santa Iglesia catedral nuestro dignísimo Sr. Obispo.

Pastoral del Sr. Obispo de Salamanca

(Continuacion.)

El espíritu de tinieblas, que se ha complacido siempre en estraviar la inteligencia para corromper el corazon, redobla hoy sus esfuerzos, sembrando maligno entre los hombres *doctrinas peregrinas y extrañas, contra las que debemos vivir precavidos* segun la amonestacion del apóstol. En los dias que alcanzamos ha logrado introducir en el mundo máximas verdaderamente infernales, sirviéndose, como de órganos para ensalzarlas y propagarlas, de hombres pervertidos y descarriados, que cerrando los ojos á la luz *se levantan ciegos y rebeldes contra ella*. Constante en el empeño de disputar á Dios los homenajes que le son debidos, atiza el

orgullo del hombre pretendiendo divinizar su corazón. De aquí nacen esas altivas aspiraciones de independencia con que la alucina; esa mentida soberanía de la razón con que le ofusca, y ese desorden intelectual y moral con que amenaza trastornar al mundo. Para resistir, Hermanos carísimos, á sus tentativas no hay más armas que la fe, como nos enseña el Apóstol San Pedro. Ella nos suministra el último criterio para preservarnos de ese cúmulo de errores, de ese laberinto de sistemas y teorías que han convertido al mundo en una nueva Babel. Todo cuanto se oponga; todo lo que contradiga á las enseñanzas de eterna verdad que la verdad por esencia, Jesucristo, nos ha manifestado; todo lo que no esté en armonía con las máximas que la Iglesia, fiel depositaria de la revelación nos enseña, es un error; es una mentira. No se necesitan serios estudios para rechazarlo; basta oír con docilidad las prevenciones de la Iglesia por la voz de nuestros pastores. Por autorizadas que sean las personas que lo sostengan, nunca lo serán tanto como los ángeles; y sin embargo, el Espíritu-Santo nos advierte la necesidad de anatematizar toda la doctrina contraria á la doctrina de la Iglesia, aunque fuera anunciada y predicada por un ángel.

Todos estos errores se encaminan á emancipar nuestra débil razón de la benéfica tutela de la fe, que impide nuestros desvarios, y tien-

den á relajar los vínculos de la subordinación, en que descansa toda sociedad posible. La Providencia ha permitido que confirme la solidez de las verdades reveladas la experiencia misma de los funestos resultados que han producido tan insensatas teorías; pero es sensible que sean precisos tan amargos desengaños para convencer a los hombres del germen de disolución que encierran en su seno. Todas ellas, hermanos carísimos, si bien se observa, parten de un principio de incredulidad. En su fondo no se ve al hombre degenerado por el pecado de origen, ni al hombre de limitada razón y posibilidad que ha menester de la gracia del Señor, no solo para hacer el bien, sino hasta para pensar en él, como nos muestra la fe. Desconociendo dogmas tan importantes de nuestra creencia, y suponiendo al hombre en el estado de pura naturaleza, ó naturalmente bueno, no es extraño que consideren á la religión como un estorbo y una traba para el desarrollo de la inteligencia, y á la organización social como un medio de esclavizar á los mas en favor de los menos, ó de hacer felices á pocos á costa de muchos. No es extraño se hagan tantas y tan quiméricas ilusiones sobre el risueño porvenir que espera á la humanidad para cuando se haya librado de esta doble tiranía. Según el lenguaje de estos filósofos, que se erigen en maestros del linaje humano, deberíamos borrar de la Escritura Santa ese sinnúmero de sen-

tencias que nos descubren nuestra propension al mal, nuestra infelicidad y miseria, y el trabajo con que peregrinamos hácia la patria celestial. Guardaos, hermanos carísimos, guardaos de prestar atención á esas doctrinas peligrosas que os adormecerían al borde del abismo. A los discursos fascinadores en que se preconizan, contraponed la elocuente sencillez del Evangelio; y á los inciertos derroteros que señalan á la humanidad, el destino fijo é ineluctable que la bondad y la justicia de Dios la tienen reservada conforme á sus obras. Seguid dóciles el camino que nos descubre *esa luz divina que ilumina á todo hombre que viene al mundo*, y no deis lugar á que por vuestra ingratitud se retire de nuestro suelo, y dejándoos sumidos en horriblas tinieblas.

El conducto ordinario por donde se propagan máximas tan detestables es la prensa, y en vano miraríais con aversión los funestos errores que acabamos de indicaros, si al mismo tiempo no rechazais los volúmenes y folletos en que se enseñan, y con cuya lectura es casi segura la perdición de los incautos. El menor mal que pueden causar en vuestros ánimos, y sobre todo en el de la inesperta juventud, es introducir la vacilación y la duda en la fé: duda y vacilación que tarde ó temprano suele concluir por un fatal desprecio de todo lo mas sagrado. La generalidad de los fieles carece de suficiente instrucción para distinguir en

esos escritos, llenos de artificio, el vicio y el error, y corre por consiguiente gran riesgo de estraviarse y corromperse. Evitad, pues, escrupulosamente la lectura de los malos libros, que la Iglesia os prohíbe con tanta legitimidad como justicia. El sabio Pontífice Gregorio XVI compara con razon esos escritos pestilenciales á las langostas salidas del pozo del abismo para inundar y destruir la viña del Señor, y á la copa llena de abominaciones que vió San Juan en la mano de la grande prostituta, abrevando con toda especie de venenos á los que acercan á ella sus labios. Comparacion exactísima, si se tiene en consideracion que de esa raiz emponzoñada nacen la serie de crímenes atroces que nos espantan, la aterradora desmoralización que llena de luto á las almas verdaderamente cristianas, y la glacial indiferencia religiosa, si ya no es impiedad, que amargamente lamentamos en nuestros dias. Esparcidos por todas partes con asombrosa profusion, penetran lo mismo en el gabinete del literato que en el humilde taller del artesano, llevando la perversidad y depravación de costumbres á todas las clases, sexos y estados de la sociedad cristiana. Ellos son los que han provocado la guerra contra Dios y su Iglesia; ellos los que perturban el orden social con sus detestables doctrinas; ellos los que, bajo variadas y á veces deslumbradoras formas, atacan á la familia y á la propiedad; ellos los que inflaman

do las pasiones, las hacen violentas y rencorosas; ellos los que ultrajan el pudor con sus lascivas descripciones y pinturas, ellos los que arrancan la virtud del corazón para sembrar en él todos los vicios, ellos, en fin, son los que por todas partes estienden la abominable ciencia del mal. Para preservarse de sus estragos preciso es no mirarlos sino de lejos, como al árbol de la ciencia del Paraíso. Si, imitando á nuestros primeros padres, os dejais arrastrar por la curiosidad, se oscurecerá vuestra mente, empezareis como ellos á dudar de las verdades de la religion y las santísimas reglas de la moral evangélica, y concluireis por aborrecer todo lo que enfrena nuestra orgullosa razón y nuestras indómitas pasiones.

Convencidos de esta verdad; no extrañareis, carísimos hermanos, que respondiendo á los deseos de la Iglesia y al deber que nos impone nuestro ministerio pastoral, os inculquemos con tanta vehemencia esta obligacion importantísima. El peligro es hoy desgraciadamente mayor que en otros tiempos, y por eso no podríamos dejarlo pasar desapercibido sin gravísima responsabilidad de nuestra parte. Nos interesa demasiado vuestra salvacion, para que temamos seros molesto en un punto de tanta trascendencia. Antes, pues, de tomar un libro en las manos, consultad con vuestros párrocos, ó con otros eclesiásticos ó personas virtuosas y doctas, sobre el juicio que les merece bajo su aspecto religioso

y moral; y con esta conducta, que os aconseja la misma ley de Dios, os pondreis á cubierto de su maléfica influencia. No os dejéis llevar del solo título de los impresos por mas inocente que sea. Satanás se trasforma con harta frecuencia en ángel de luz para estender su imperio por medio de esta infernal stratagemata. Mas de una vez se ha visto la Iglesia precisada á proscribir y anatematizar doctrinas impías, sediciosas é inmorales, enseñadas arteramente en folletos, hojas sueltas, periódicos y otros escritos, que llevan epígrafes y se proponen al parecer objetos inofensivos. Sobre todo, hermanos muy queridos, absteneos de aquellas lecturas que hayan merecido la reprobacion de los que tienen el deber de indicaros el camino del cielo y apartaros de pastos nocivos.

El deseo de saber es laudable mientras se halla contenido dentro de sus justos límites; pero se hace peligroso desde el momento en que los traspasa. No es el *saber indefinido lo que nos es necesario, sino el saber con sobriedad*, como se espresa el Apóstol. Nuestra inteligencia tiene una esfera propia y muy estensa donde puede ejercer su actividad; pero como todas las facultades del hombre, se halla circunscrita y limitada. La pretension de comprenderlo todo es tan insensata como sería la de poderlo todo; y la insensatez llega á su colmo cuando se arroga el hombre el derecho de juzgar de todo en asuntos de religion, imaginándose sin

duda que Dios no ha podido revelarnos cosa alguna, ó que no nos ha revelado sino lo que somos capaces de comprender. Esa funesta manía de razonar y decidir sobre todo, que es el error dominante de nuestro siglo, no solo rebaja la incomensurable sabiduría de Dios hasta el nivel de nuestras pobres concepciones, sino que sistematiza todas las aberraciones y todos los absurdos. Por eso se han extraviado lastimosamente tantos talentos presuntuosos, que desconociendo el confin saludable que una mano sabia ha puesto á nuestras investigaciones, se lanzaron á regiones misteriosas que les estaban vedadas; se acercaron atrevidos al s6lio del Eterno, y en castigo de su temeridad é insolencia, cayeron deslumbrados en el mas absurdo escepticismo, negando hasta verdades de sentido comun.

Roto el dique sagrado de la sumision á la fé, ¿qué mucho que sobrevengan las inundaciones del error, y que el vicio, á manera de torrente desbordado, se estienda por todas partes? ¿Qué mucho que se pongan en problema, y aun se resuelvan en sentido contrario á la enseña cat6lica, los principios fundamentales sobre que descansa la sociedad? ¿Qué extraño es que la religion y la propiedad, la autoridad y la familia no sean ya para ciertos hombres lo que siempre fueron para nuestros mayores? Sometidas al juicio de la razon emancipada de la fé las verdades que han acatado con veneracion

profunda los sábios mas eminentes, los genios de primer 6rden de todos los siglos, debía l6gicamente suceder lo que desgraciadamente ha sucedido. En lugar de una moral divina, que toma su fuerza y su sancion del cielo, se quisiera establecer una moral sin autoridad, que fácilmente pueda ser eludida; en lugar de una moral invariable y basada sobre los intereses mas sólidos del hombre, que son los de la eternidad, una moral incierta, sujeta á interminables discusiones y fundada sobre intereses pasajeros. Ved aquí, carísimos hermanos nuestros, los amargos frutos que necesariamente produce el quebrantamiento de principio de autoridad. Escarmentemos á la vista de tan funestos resultados, y conformemos nuestras obras, no con nuestras ideas y gustos, conductores ciegos que pueden extraviarnos, sino con las reglas prescritas por la autoridad, que han sido instituidas por el Espiritu Santo para guiarnos al puerto de salvacion.

La moral del Evangetio, y no la de las máximas del mundo, debe ser la única norma de nuestra conducta. Por ella, y no por los juicios de los sábios del siglo, hemos de ser severamente residenciados en el tribunal del Supremo Juez. Tened siempre presente que *la prudencia de la carne es enemiga de Dios*, y que respetar las ideas de los hombres mas que los preceptos de Jesucristo, ó creer que obramos bien porque hacemos ó dejamos de hacer lo que se halla generalmen-

te recibido, es seguir una senda reprobada por Dios. Pidamos al Señor, como David, la inteligencia de sus santas verdades, mas preciosas y estimables que el oro y el topacio, y mas dulces y suaves que la miel y el panal. Estudiémoslas incesantemente segun su misma recomendacion; pero que sea siempre con la sumision y docilidad que se exige en la escuela de Jesucristo. Demos gracias á Dios por lo que se ha dignado enseñarnos; pero respetando *lo que le plugo ocultar á nuestra vista, como necesario á la salvacion*: haciéndolo así, no temais ni la sutileza de la herejía, ni los sofismas de la incredulidad, ni las ilusiones con que el espíritu de mentira pretende separarnos del *camino, la verdad y la vida*, que es Jesucristo Señor Nuestro.

Despues de haberos prevenido contra las doctrinas antireligiosas en general, debemos tambien precaveros contra los malos ejemplos. A la perversion de ideas en orden al destino del hombre y á los medios de conseguirle, corresponde esa vida muelle y sensual que con mengua de su profesion religiosa llevan tantos cristianos. Lejos de sacrificar sus inclinaciones á Dios, le sacrifican por el contrario á sus perversas inclinaciones. Parecen haber olvidado que anunciaron por el Bautismo á Satanás, sus pompas y vanidades, y que á los goces criminales del siglo han de seguir las penas de la eternidad. Como si quibiera sido abolido el Evangelio.

de Jesucristo, ó se nos hubiera anunciado otro distinto, miran al placer como el único objeto de sus pensamientos; á las comodidades de la vida como el término de sus deseos, y á los goces de todo género como el fin de su existencia. Bien veis, hermanos nuestros, que no es este el camino que nos ha de conducir al cielo, ni el que los justos todos han seguido á ejemplo é imitacion de Jesucristo. El espíritu de esa ley divina, de esa religion celestial que nuestro Redentor y Maestro ha traído á la tierra, consiste muy principalmente en la mortificacion de nuestras pasiones y sentidos, y en el sufrimiento voluntario de las tribulaciones de la vida. Propónese la moral cristiana, aun en los preceptos que nos prescriben obras corporales, purificar nuestro interior y santificar nuestras almas. No nos manda ser pobres; pero nos prohíbe vivir en el mundo; pero quiere que huyamos de sus máximas y funestos ejemplos: no nos impone el deber de abrazar un estado humilde y oscuro: pero si el de que estemos poseidos siempre de la humildad: nos permite el uso de los bienes de la tierra; pero nos prohíbe el apego y desordenado afecto hácia ellos: en una palabra, quiere que nos sirvamos del mundo como si no usáramos de él. Humillar, pues nuestro orgullo, sofocar los oidos en nuestro corazon, reprimir todo deseo de venganza, y romper los lazos que nos ligan al pecado, tal es el sacrificio que

nos impone la inapreciable cualidad de cristianos.

No por otra razon nos asegura el Salvador, *que es estrecho el camino que conduce á la vida, y que solo los que se hacen violencia arrebatán el reino de Dios.* Por aquí podreis conocer, carísimos hermanos nuestros, si pueden ser dignos de vuestra imitación esos ejemplos que tanto se apartan del espíritu del Evangelio, y si podrán llamarse discípulos de un hombre-Dios mortificado y crucificado los que quieren llevar una vida exenta de toda mortificación.

Tambien el mundo os ofrece otra clase de ejemplos no menos perniciosos, de cuyo contagio os debeis preservar con sumo cuidado. No son pocos, desgraciadamente, los cristianos que profanan la santidad del matrimonio con su desarreglada conducta. Desconociendo la grandeza de este sacramento, se desentienden de los deberes que solemnemente contraieron en presencia de la Iglesia, y convierten en daño propio un estado destinado á hacer la dicha y felicidad recíproca de los esposos. Acerca de este asunto no haremos otra cosa que recordaros la doctrina que Jesucristo nos enseña por el órgano de San Pablo. Lo primero, segun él, que deben tener presente los casados es que *son dos en una carne,* y que han contraído con el vínculo conyugal una union y una alianza tan íntima como es la de Jesucristo con su Iglesia. De aquí se sigue, segun el

razonamiento del mismo apóstol, que el amor mútuo que deben profesarse ha de ser semejante, en cuanto lo permite la fragilidad humana, al amor de Jesucristo para con su Esposa Inmaculada; y á la manera que el amor de Jesucristo nada tiene de profano y carnal, sino que se ordena á santificar á la Iglesia, así el amor de los casados ha de tener por objeto la santificación de entrambos. A este fin debeis los esposos escitaros mútuamente con piadosos consejos á la práctica de las virtudes. La mujer fiel, dice el apóstol, es la santificación de su marido, y el marido cristiano es la salvacion de su esposa infiel. Los ruegos, los ejemplos y las lágrimas de las mugeres piadosas, han conseguido mas de una vez volver hácia Dios á sus extraviados esposos.

Otros de vuestros deberes es evitar cuidadosamente todo cuanto pueda alterar vuestra preciosa union procurando mantener solícitos la paz doméstica, origen fecundo de innumerables bienes. Para ello es necesario que os trateis mútuamente con dulzura y con paciencia en en las adversidades y contratiempos de la vida, de que no está esento el estado matrimonial; pudiéndoos servir de consuelo que no hay cosa mas agradable al Señor que la resignacion en los domésticos males. Pero la obligacion mas esencial de vuestro estado es la que os obliga á guardaros fidelidad. El adulterio es un crimen que jamas será bastantemente reprobado; y si



el terror de un Dios que ha de vengar eternamente el perjurio de los casados no es suficiente para inspiraros el debido horror hácia él, considerad las enemistades, las discórdias en las familias, la turbacion en la sociedad y los demás males que siguen de cerca á este odioso delito, y no podrán menos de retraeros de la infidelidad. Penetraos bien, carísimos hermanos, de los altos fines para que ha sido instituido por Dios el matrimonio, que son prestaros auxilio en vuestras necesidades y consuelo en las penas y aflicciones, dar á la Iglesia y á la sociedad hijos imbuidos en el santo temor de Dios, y poner un freno que reprima vuestras pasiones, porque si los meditais con frecuencia, es seguro que con la gracia sacramental que el matrimonio produce en vuestras almas, llenareis cumplidamente todas sus obligaciones.

(Continuará.)

NOTICIAS GENERALES.

Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores que el 11 del corriente á las 3 y cuarto de la tarde falleció el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás de Roda y Rodriguez obispo de Jaen, en su palacio de

dicha ciudad.

Dios nuestro Señor le tenga en su santa gracia.

El 14 tuvo lugar en la Iglesia de señoras Comendadoras de Santiago la solemne consagracion del Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides, obispo de Sigüenza, habiendo sido padrino su hermano el Excmo Sr. D. Antonio Benavides; prelado consagrante el Excmo. Sr. arzobispo de Toledo y asistentes los señores obispos de Lugo y Puerto-Rico.

Tambien se verificó en la Real capilla la del Ilmo. Sr. Conde y Corral, obispo preconizado de Plascencia habiendo sido su consagrante el Sr. Patriarca de las Indias y asistentes los referidos Ilmos. Señores Obispos.

Parece que ya está organizada la mision de Jesuitas que debe pasar á Mindano en las Islas Filipinas.

ANUNCIOS.

Modo de rezar y ofrecer el Santo Rosario de Nuestra Señora, nueva edicion en letra gorda y con 16 láminas que cada una representa un misterio.

Se halla de venta en esta Imprenta á 2 rs. y medio cada ejemplar.

En esta misma Imprenta se dan algunos ejemplares de las Biblias ya anunciadas, por cuenta de misas.